

SOBRE LA ORGANIZACIÓN SOCIOECONÓMICA DEL GRUPO MIJARES¹

F. Burillo

La grata invitación de Carme Olària a participar en esta publicación postuma del que fue un gran amigo, Francesc Gusi, supone plasmar en palabras mi contribución más sincera a su recuerdo y homenaje. Al escribir estas líneas me he visto obligado a reflexionar sobre un tema que me ocupa últimamente, el del campesinado como modelo de análisis social de la Antigüedad, y sobre el cual comentábamos y discutíamos, entre otros muchos temas, con Carme y Francesc, en nuestros encuentros que con mi mujer, Pilar, que teníamos en nuestras respectivas casas de Castellón y Teruel, y que han consolidado nuestra fraternal amistad.

El asentamiento de Orpesa la Vella presenta características comunes en la etapa del Bronce medio con los existentes en el interior del Sistema Ibérico central, objeto de la tesis doctoral de Jesús Picazo Millán, a quien debemos la articulación espacio temporal de la Edad del Bronce en este territorio y el haber dado entidad al Grupo Mijares. Con la generosidad que le caracteriza me ha comentado críticamente el texto, a él se deben los aciertos pero no los errores existentes.

La redacción de estas páginas me ha obligado a pensar sobre un aspecto que considero importante en los estudios de la sociedad campesina ¿cuándo y por qué surge el campesinado?. La propuesta que hago es novedosa y contraria a lo planteado por otros autores. Pero lo que creo más interesante es la coherencia del modelo social que se desprende de la información arqueológica disponible y que debe servir de referencia para el estudio de otros grupos del Bronce Mediterráneo, pues las afinidades existentes no justifican las diferencias interpretativas que se han dado de sus estructuras sociales.

LA DEFINICIÓN DEL GRUPO DEL MIJARES DE LA EDAD DEL BRONCE

El estudio de la Edad del Bronce en las sierras turolenses entorno al río Mijares se desarrolló a partir

del Proyecto Interdisciplinar de Mora de Rubielos (Burillo, 1984), con una primera aproximación de carácter local en la memoria de licenciatura de Nieves Juste (1987) y, posteriormente, a escala regional, con la tesis doctoral de Jesús Picazo (1990). En esta investigación se pretendía realizar un análisis sincrónico y diacrónico de dicho territorio contextualizado en el marco geográfico más próximo, lo que permitió reconocer una serie de cambios en el espacio y en el tiempo a lo largo del segundo milenio, mostrándonos la complejidad de un periodo prehistórico cuya visión inicial era de una aparente uniformidad cultural (Burillo y Picazo 1991-92).

Todos los trabajos partieron de una prospección sistemática del territorio a partir de la cual se pudo documentar un buen número de asentamientos correspondientes a la Edad del Bronce, tanto en el término de Mora de Rubielos como en los territorios próximos del Alto Mijares y del río Alfambra. Esta estrategia se desarrolló con la realización de excavaciones, tanto en extensión como sondeos, en yacimientos seleccionados por presentar aparentes diferencias cronológicas y/o funcionales. A la primera intervención extensiva en el poblado de la Hoya Quemada (Mora de Rubielos), adscrito al Bronce medio, siguieron la de Las Costeras (Formiche Bajo), pequeño asentamiento datado en el Bronce Antiguo, y finalmente en la cueva de la Sima del Ruidor (Aldehuela) con una ocupación del Bronce tardío. Estas actuaciones se complementaron con una serie de catas en otros tres lugares, Muela de Sabucar y Peña Dorada (Alfambra) y la Cueva del Coscojar (Mora de Rubielos), con dataciones radiocarbónicas que permitieron su identificación con el Bronce antiguo. Si bien las dataciones radiométricas permitían situar en el tiempo los asentamientos citados no se tenía referencias para fijar en el mismo el abundante material cerámico completo y aparentemente uniforme obtenido de las tres primeras excavaciones, y en donde la ausencia de “fósiles directores” había impedido hasta la fecha su correc-

1. Este trabajo se desarrolla dentro del proyecto I+D: HAR2012-36549 (“Segeda y la Serranía Celtibérica: de la investigación interdisciplinar al desarrollo de un territorio”), financiado por el Ministerio de Educación y Ciencia y los fondos FEDER.

ta adscripción en el entorno ibérico y levantino de la Edad de Bronce. Jesús Picazo (1993) desarrolló una aplicación metodológica del estudio de las vasijas completas a partir de su estudio morfométrico, aplicando Análisis de Componentes Principales que tiene sus precedentes en las investigaciones de Francisco Nocete (1989) en el alto Guadalquivir. Pero el mayor problema lo ofrecía el material obtenido en las prospecciones, escaso, fragmentado y fuera de contexto estratigráfico. Fijó su atención en los bordes cerámicos por ser los elementos más significativos y abundantes, estableciendo una gráfica factorial elaborada con criterios morfométricos a partir de los bordes contextualizados y datados procedentes de los yacimientos excavados. En los que se habían generado modelos cronológicos. De esta manera se podía establecer un análisis comparativo de todos los bordes de cada uno de los lugares arqueológicos con los modelos cronológicos generados correspondientes al Bronce antiguo y medio, dado que la ocupación del Bronce tardío se comprobó que había sido muy limitada.

Esta estrategia, entre otras cosas, permitió construir una estructura cronológica en la que integrar los numerosos asentamientos identificados en prospección y analizar las dinámicas sociales y territoriales que parecen afectar a éste y otros territorios próximos. De esta manera se estableció la siguiente secuencia cronológica en la cronología tradicional: Bronce antiguo (2000/1900-1600 a.C.), Bronce medio (1600-1300/1250 a.C.) y Bronce tardío (1300/1250-1100 a.C.), que en fechas calibradas: Bronce antiguo (2450-1900 A.C.), Bronce medio (1900-1400 A.C.) y Bronce tardío (1500-1150 A.C.).

Precisamente una de las aportaciones de ese trabajo es el análisis territorial que se realiza a partir de las decoraciones cerámicas, lo que junto con otros datos ligados al poblamiento revela una dinámica de aparente fragmentación que parece afectar a las cuencas del Alfambra y del Mijares hacia el Bronce medio (Picazo 1991). De hecho, durante el Bronce antiguo no existe ninguna diferencia ni en formas y ni en decoraciones entre ambas cuencas, mientras que en el Bronce medio se observa una profusa distribución de las tinajas con cordones múltiples y otros elementos decorativos en la cuenca del Mijares, entre las sierras de Gúdar y Javalambre, elementos que no son tan frecuentes en el territorio del río Alfambra (Burillo y Picazo, 1991-92, 71 y Picazo, 1993, 104). Lo interesante es destacar que este aspecto decorativo propio de las vasijas de almacenaje se extiende hacia el Mediterráneo, englobando el yacimiento de Orpesa la Vella. Este fenómeno concuerda con lo que ya apuntó Tarradell (1969) a partir de cerámicas del Pic dels Corbs de Sagunto y con posterioridad Navarro Mederos (1982), insistiendo en que el sector norte del País Valenciano tiende a distanciarse culturalmente de las zonas centrales y, sobre todo, meridionales que reciben el fuerte influjo de la cultura argárica.

Estamos, pues, ante una territorialidad a escala regional que ha dado lugar a que propusiéramos denominar a este espacio como Grupo del Mijares (Burillo y Picazo, 1997, 52).

Por otra parte, las excavaciones realizadas en Orpesa la Vella, en la fase correspondiente al Bronce medio muestran otros elementos presentes en yacimientos del Mijares, como los resaltes de arcilla longitudinales sobre el suelo, articuladores del espacio interno de la vivienda, bien documentados en la Hoya Quemada (Burillo y Picazo, 1997, 44) y tal vez presentes en otros asentamientos del norte de la comunidad valenciana, caso del Puntal dels Llops (Olocau, Valencia) (de Pedro, 2004, fig. 109) (dato deducido a partir de un plano). No conocemos paralelos en los asentamientos del Bronce medio de otros grupos peninsulares en donde se han realizado excavaciones en extensión, por lo que es posible que estemos ante un nuevo elemento identificador del Grupo del Mijares.

EL MODELO DEL CAMPESINADO APLICADO AL GRUPO DEL MIJARES

El campesinado es en palabras de Boguslaw Galeski (1977) "El más antiguo y universal modo de producción conocido en la historia". Presenta una estrategia social y económica similar, sea cual sea la comunidad campesina que se estudie: la explotación agrícola familiar como unidad básica multifuncional de la organización social y la labranza de la tierra y la cría del ganado como el principal modo de vida (Shanin, 1976, 7), aspectos comunes que dieron lugar, no obstante, a diferentes modelos de relaciones sociales. Esta universalidad en el espacio y en el tiempo del campesinado es el marco que hace viable su aplicación al estudio de las comunidades de la Edad del Bronce que configuran el Grupo Mijares (Burillo y Picazo, 1997).

Según Eric R. Wolf (1971: 19), uno de los principales teóricos del campesinado, para que unos agricultores se consideren campesinos tienen que satisfacer un "fondo de renta" o impuestos, lo que implica "la existencia de un orden social en el cual unos hombres, por medio del poder que detentan, pueden exigir pagos a los otros, de lo cual resulta una transferencia de riqueza de una parte de la población a otra". Esto es, según este autor no puede existir campesinado con anterioridad a una estructura social compleja de rango estatal o próxima a él.

Frente a este planteamiento realizado desde la perspectiva antropológica actual del campesinado defendemos que el campesinado surge cuando los agricultores primitivos viven en común y se unen para formar una aldea, creando un nuevo sistema de relaciones, ayuda mutua y control por encima de la unidad familiar nuclear que, en este nuevo sistema, es la base de la estructura social

y económica del campesinado (Burillo, 2010, 136). En el territorio que nos ocupa no está claro cuando surgen esas primeras aldeas, pero desde el Bronce antiguo aparecen bien consolidadas sobre la base de ese modo de vida campesino.

EL BRONCE ANTIGUO Y LAS COMUNIDADES CAMPESINAS

Caracteriza los asentamientos del Bronce antiguo del territorio de la Serranía Turolense su ubicación en altura en cuya selección han primado las condiciones defensivo-estratégicas, en algunos casos potenciadas con murallas mal conservadas por efecto de los procesos erosivos. Son asentamientos de espacios agrupados que utilizan la mampostería de piedra y el manteado de barro como elemento constructivo. Tanto en esta etapa como en la posterior del Bronce medio desconocemos los sistemas de enterramiento, que se realizarían fuera del poblado en lugares hasta ahora no localizados.

El radical cambio respecto al tipo de ocupación anterior, en llano (Picazo 1986), parece estar consolidado en el territorio del Mijares a partir del 2.400-2350 A.C. (Picazo 1999-2000, 19) según fechas obtenidas a partir de materiales constructivos de los yacimientos de la Muela del Sabucar y Las Toscas. La elección de lugares dominantes para ubicar los asentamientos del Bronce antiguo junto con la presencia de restos de murallas en aquellos sitios con menor incidencia de los procesos erosivos, muestra un cambio drástico con respecto al hábitat disperso anterior y nos indica el clima de conflictividad en el territorio, hecho común a las sociedades mediterráneas del momento.

Desconocemos, a falta de excavaciones en lugares de la etapa inmediatamente anterior, si el surgimiento de estos asentamientos fue el resultado de un proceso interno dentro del territorio o fruto de una influencia externa. Las técnicas constructivas del manteado de barro y endurecimiento de la arcilla eran conocidas con anterioridad, y el empleo de la arquitectura de piedra, limitada en este momento inicial a estructuras concretas entre las que se encontrarían las murallas no precisan mayor enseñanza que las necesidades prácticas.

Ya en una fase avanzada de este Bronce antiguo, la excavación de Las Costeras muestra un asentamiento que ocupa la cima de una loma situada junto al río Mijares, que ha sufrido un gran proceso erosivo reduciendo la extensión del relieve a 350 m², muy inferior a otros de esta época y que necesariamente debió ser mayor como lo muestra la parcial aparición de los restos constructivos. El asentamiento se articula en relación con una estructura principal de dos metros de anchura que cruza todo el cabezo, de la que sólo se conserva la cimentación formada por arcilla y gruesos cantos rodados. En el flanco sur aparecen adosados

una serie de viviendas de planta rectangular, posiblemente cuatro, con un tamaño aparentemente similar de unos 23 m². Están separadas por muros medianeros de manteados de barro reforzados con postes de madera que servirían también para soportar la cubierta y de los que han aparecido sus agujeros de sustentación. Los muros conservan enlucidos y los suelos, de arcilla apisonada, en algunas zonas presentan un acabado de gran calidad y dureza. En dos de las casas mejor conservadas se han detectado sendos depósitos contruidos sobre el suelo mediante muretes de arcilla enlucidos, con plantas de tendencia rectangular en cuyo interior se localizaron bellotas calcinadas junto con algún grano de cereal. Fuera de los espacios domésticos, junto al límite de una de las casas y el actual escarpe apareció un pozo excavado en el conglomerado de base que se utilizó como basurero.

Este yacimiento, cuya construcción se data en fechas calibradas hacia 2150/2100 A.C. (Picazo, 1991) mostraría la consolidación de un proceso que se iniciaría tres siglos antes. Nos muestra en sus patrones de habitat, cultura material y economía un conjunto normalizado que pervivirá en siglos posteriores, alcanzando su cénit en el Bronce medio.

EL BRONCE MEDIO

Los asentamientos del Bronce medio no presentan cambios en la ubicación topográfica respecto a los de la etapa anterior. Muestran una pervivencia de las estructuras constructivas, alcanzando mayor complejidad en los aspectos técnicos y funcionales. Las excavaciones en La Hoya Quemada nos proporcionan información sobre las características de uno de los asentamientos con un desarrollo paralelo a la fase II de Orpesa la Vella.

La Hoya Quemada se sitúa en la ladera superior de una cuesta cretácica de 1.220 m. s.n.m. Para su ocupación se realizaron aterrazamientos, excavando las margas del sustrato y creando pisos escalonados sobre los que se establecieron las viviendas. El espacio inicialmente excavado, situado en la zona superior ocupa una extensión de 349 m², fue ocupado por unas siete casas de las que se han excavado cinco, organizadas en dos manzanas y articuladas a partir de un espacio interno al aire libre que haría las veces de calle. Las casas tienen muros medianeros de piedra y se hallan adosadas a un muro exterior, que con una anchura aproximada de 1 m. hace las veces de muralla. Sus plantas son rectangulares o trapezoidales, respondiendo a un modelo regular que se adapta a la forma curva de la zona ocupada, y sus superficies oscilan entre los 35 y 40 m².

Los muros presentan un zócalo de mampostería y se levantan con manteado de barro, técnica que también es empleada para las divisiones

de pequeños espacios o despensas. Las caras interiores se hallan enlucidas y en algunos puntos se detectan sucesivos encalados. Los suelos son de arcilla apisonada y suele encontrarse una amplia zona endurecida y compactada por el fuego en la que se apoya un resalte de arcilla de unos 2 m. de longitud y 15 cms de altura, que parece articular la distribución funcional de la vivienda y la ubicación del hogar. Junto al muro de mayor longitud se acomoda un banco corrido con soportes circulares arcillosos para la sujección de las grandes vasijas contenedoras que suelen encontrarse al pie del mismo. En todas ellas se utilizan los pies derechos, exentos o embutidos en los muros, para descarga de las techumbres. En la casa nº 5, la mejor documentada, se detectó un silo excavado en el suelo, con un reborde sobre el que apoyarían el entramado de ramas que, carbornizadas, se encontraron en su interior y que facilitarían el tránsito por encima del mismo.

Las excavaciones realizadas por debajo de este núcleo muestran la existencia de, al menos, otras dos manzanas con viviendas de tipología similar a las vistas. En medio del amplio espacio intermedio se acondicionó un basurero con excavación previa de las margas naturales, en el que aparecía abundante material cerámico amortizado y un importante conjunto de huesos de animales. Finalmente en la cumbre de la cuesta, sobre el poblado, en el punto de acceso más fácil del asentamiento y también en el lugar de más amplia visibilidad, se detectó una acumulación artificial de cantos y margas que tal vez podría corresponder a una obra exenta de carácter defensivo.

El promontorio de Punta de la Cova de Orpesa la Vella, objeto de la presente monografía, presenta algunas coincidencias con Hoya Quemada, pero también notables diferencias. Igualmente fue ocupado en el Bronce medio, momento al que corresponden dos asentamientos sucesivos. La denominada Fase I muestra la existencia de una nivelación previa de la cantera rocosa y el desarrollo de una construcción de casas con similar técnica que en la etapa posterior y en la Hoya Quemada. Muros medianeros, con piedra en el zócalo y utilización del manteado de barro revocado, bancos, vasares y presencia de agujeros de poste. Las dataciones de C14 obtenidas en esta fase (2720±100 BC y 2710±100 BC) son muy anteriores a lo que muestra la cultura material, lo que parece indicar la existencia de una ocupación previa de la que se desconoce sus características.

La desaparición del asentamiento de la Fase I de Orpesa la Vella por un incendio supuso una remodelación de la ocupación. Lo más significativo de la Fase II es el imponente sistema defensivo que se levanta sobre las viviendas anteriores. Lo primero en construirse fue una torre maciza de piedra seca de 6 metros de diámetro, que quedará en el interior del poblado al levantarse una muralla pegada a la misma. El tramo de la muralla descubierta realizada

con similar técnica se ha detectado únicamente en el lado Oeste, tiene 27 metros de longitud y se ha levantado con cuatro lienzos sucesivos con contrafuertes internos. En lo conservado, alcanza una anchura máxima de 11 metros en la zona del torreón y una disminución progresiva en dirección Sur hasta 3 metros.

Adosadas a este sistema defensivo, y por lo tanto con posterioridad al mismo, se han descubierto tres espacios medianeros y el inicio de un cuarto. Sus plantas cuadrangulares con muros rectos están distorsionadas por su adaptación al torreón y muralla. Las técnicas constructivas, descritas en esta misma publicación, son similares a las de la Hoya Quemada, con presencia de bancos corridos, suelos con zonas revocadas. Siendo de destacar el similar resalte de arcilla de 2 m de longitud y 10/15 cm. de altura y ligeramente más ancho, 40 cm, que articula los espacios internos. Descarta la presencia de hogares bien definidos y, de forma especial, la estructura de fuego vinculada con la fundición del cobre. También debe reseñarse la concentración de elementos sigulares, las 342 bolitas y 20 conos, aparecidos en un recinto con restos de pintura ocre en sus paredes. Estos espacios han sido interpretados por sus investigadores como comunitarios, alejándose así del modelo de viviendas nucleares que configuraban el asentamiento de la Hoya Quemada.

LA BASE DE SUBSISTENCIA DEL CAMPESINADO

Las evidencias faunísticas del asentamiento del Bronce antiguo de las Costeras muestran el dominio del bóvido complementado con la cría de suídos, équidos, y en el último lugar de ovicaprinos; lo que implica un aprovechamiento cárnico, de leche y sus derivados. El elevado número de individuos adultos y subadultos del grupo bovino, puede indicarnos que previamente algunos de ellos se habrían destinado a la tracción. Es importante señalar el papel destacado que juega la caza del conejo y la liebre, y especialmente del ciervo, del que hay que valorar no sólo los aportes proteícos, sino también el potencial aprovechamiento de piel y cuernas.

Esto es, el inicio del campesinado en este territorio montañoso del Sistema Ibérico, va unido a un sistema ganadero que se ajusta al denominado patrón mediterráneo, con dominio de bóvidos, mejor adaptados a los ambientes generalmente degradados de dicho medio.

En la fase posterior del Bronce medio, los estudios faunísticos realizados en la Hoya Quemada nos muestran la continuidad de diversidad ganadera vista en el Bronce antiguo. Dominan los ovicapridos y si bien aparece como segunda cabaña la vacuna, distanciándose de la anterior en cuanto al NMI, se acerca si se calcula el peso de la bioma-

sa. A continuación siguen cerdos y perros, del que se han identificado cuatro individuos. Entre la fauna salvaje domina el ciervo que llega a tener una presencia superior al cerdo doméstico.

La información faunística que nos proporciona Orpesa la Vella muestra un patrón ganadero mediterráneo pero con proporción diferente. Dominio de bóvidos, seguido del cerdo y caballo y en menor proporción ovejas y cabras, junto con la caza de ciervos y conejos/liebres.

También se han detectado cánidos. Pero, sin duda alguna, lo más destacado es la presencia de caballos, ausentes en la zona del interior durante toda la Edad del Bronce. La situación costera de este asentamiento explica la gran diversidad de moluscos marinos detectados (zamburiña, coquina, cañadilla, chirla, berberecho, etc.) que implica un aprovechamiento integral de estos recursos, que combinarían con la pesca. También se han detectado presencia de cuatro tipos distintos de caracoles terrestres.

En el Bronce antiguo en Formiche, aparecen bellotas calcinadas junto con algún grano de cereal y en los análisis polínicos realizados en Hoya Quemada se documenta un porcentaje significativo de leguminosas, así como una serie de malas hierbas, normalmente asociadas al cultivo de cereales. Pero va a ser las analíticas realizadas en Orpesa la Vella las que nos muestren el cultivo de distintas variedades de cereal, cebada y cebada desnuda (*hordeum sp.*, *vulgare*, *vulgare nudum*) en mayor proporción que el trigo común duro y la escanda (*triticum sp.*, *dicoccum*, *aestivum-durum*). Tiene también presencia importante la bellota, que se utilizaría tanto como recurso humano, tras su transformación en harina, como alimento para el ganado porcino. Este patrón, en el que la cebada aparece como el cultivo dominante, parece ser la norma en el ámbito mediterráneo (cfr. Buxó 1997, 195). Sí extraña que entre los restos carpológicos no se señale la existencia de otros cereales, como la avena, el centeno o el mijo o panizo, y sobre todo la de leguminosas como guisantes y habas, presentes habitualmente en asentamientos del Bronce Mediterráneo, tanto en Levante (Buxó 1997, 194) como en el SE, caso de Catellón Alto (Contreras et alii, 1997, 110-112), como ejemplo.

La estabilidad de los asentamientos dentro del territorio durante el Bronce antiguo y medio, implica un desarrollo de las actividades agrícolas en la que se contempla la posible alternancia en los periodos de cultivo y descanso a través del barbecho. Con ello los campos complementan la actividad ganadera, al convertirse en lugar de pasto cuando no se cultivan, a la par que los ganados suministran el abonado orgánico necesario para la fertilización y estabilidad de los suelos. Asimismo hay que contar con la posibilidad de algún sistema de rotación en los cultivos, habida cuenta de las leguminosas, que bien pudieron contribuir a la alimentación del ganado.

Sobre la situación de los campos, debemos tener en cuenta que en el Sistema Ibérico todos los asentamientos del Bronce antiguo y medio se sitúan, sin distinción, en lugares elevados. Posición dominante elegida para ser más defendibles del grupo invasor, pero que los aleja de los terrenos de secano más aptos para el cultivo (ésto es así, pero habría que matizarlo puesto que casi siempre, en el entorno de 1 km. existen superficies susceptibles de ser cultivadas). No obstante, debe tenerse en cuenta que, al menos en el Bronce medio, existe conocimiento de la técnica de aterrazamiento empleada en la construcción de los asentamientos, tal como se ha constatado en la Hoya Quemada, lo que lleva a pensar que los campos de cultivo de secano podrían haberse situado próximos a los poblados, en sucesivas terrazas construidas sobre las laderas. Este sistema se ha venido utilizando hasta épocas recientes, y ha tenido incrementos notables en las épocas, como en el siglo XIX, en las que se han intensificado los cultivos de cereal. Queda por comprobar arqueológicamente esta hipótesis plausible, realizando excavaciones extramuros del poblado.

Finalmente debe valorarse como recurso subsistencial importante la recolección de bellotas, obtenidas de la carrasca que se extendería por buena parte del territorio montañoso del Grupo del Mijares. El hecho de que aparezcan almacenadas en un depósito de Las Costeras y junto a alguna vasija fragmentada de La Sima del Ruidor, nos indica que se trata de frutos estables en la dieta alimenticia, hecho que pervive en este territorio hasta la aparición de la patata.

Debe pues valorarse que las estrategias productivas de las pequeñas poblaciones campesinas les confiere una cierta autonomía en su subsistencia y, en la diversidad de recursos, una resistencia ante calamidades climatológicas que, con recursos de menor espectro, de seguro obligaría a desplazamientos del grupo.

LAS ACTIVIDADES EXTRACTIVAS Y ARTESANALES

Es intrínseco a toda comunidad campesina el intentar cubrir sus necesidades dentro de la propia unidad familiar. Recae en ella el cultivo de los campos, la recolección, el cuidado y aprovechamiento del ganado, la elaboración cotidiana de la comida. Pero también la construcción de la vivienda y su acondicionamiento interior, la elaboración de productos necesarios para su uso, como vestidos, calzados y utensilios varios para realizar el trabajo agrícola, transformar alimentos y defenderse.

Debe tenerse en cuenta que dos recursos necesarios para esta etapa como es la sal y el mineral de cobre, aparecen diseminados en el territorio del Grupo Mijares. La sal en las emergencias de

agua salobre de las zonas del interior y en el mar Mediterráneo donde se asienta Orpesa la Vella. El cobre en pequeñas vetas existentes en niveles del paleozoico y en los terrenos sedimentarios próximos donde se han erosionado. Esta dispersión que también se encuentra con el sílex presente en los medios calizos y la arcilla tan abundante en este territorio hizo posible que no surgieran estrategias monopolizadoras de los recursos, favorecedoras del control y del desarrollo de una diferenciación social.

Aunque la tecnología que se maneja durante este periodo presenta, a mi modo de ver, una simplicidad que hace que el aprendizaje sea sustancial al desarrollo de la vida en el poblado, donde conviven varias unidades familiares, ocurre que existen una serie de productos que una vez elaborados perviven durante tiempo hasta que el uso los hace inservibles y necesitan ser repuestos, como por ejemplo vestidos, herramientas o cerámicas. En estos casos, la actividad de fabricar un objeto puede salir de cada una de las unidades familiares para concentrarse en las personas que sean más habilidosas, estableciéndose su adquisición por medio de trueque con otro producto o prestación de trabajo. Pasamos a comentar tres de las actividades testimoniadas en esta época que precisan fuego para generar un nuevo producto, la cal, la metalurgia de cobre y la cerámica.

LA CAL

La presencia de sucesivos encalados detectados sobre los revoques internos de las casas del poblado del Bronce medio de la Hoya Quemada implica un avance tecnológico sobre la fase anterior, pues supone el conocimiento y control de la fabricación de la cal. Aparentemente, su uso no es constructivo, como mortero, sino que es exclusivo del encalado de las paredes, lo que unido al hecho de que se detecten más de una capa implica su uso continuado de la actividad, propio de la adopción de un sistema de higiene, a la par de la creación de espacios habitacionales más cuidados y luminosos.

Referente al proceso de elaboración de la cal tenemos abundantes ejemplos de caleras que han pervivido hasta épocas recientes en los territorios hispanos situados en el medio calizo (Gárate, 1993; García y Jiménez, 2003; González, 2001; Menéndez y Lombardero, 2005 y Muñoz y Schnell, 2007). Personalmente recuerdo haber asistido de niño a la fabricación de cal en mi localidad natal de Paniza (Anónimo, 2009), y luego ya con experiencia arqueológica detectar los hornos de cal en éste y en otros lugares donde realizaba prospecciones arqueológicas.

En la Hoya Quemada, la fabricación de la cal se podría realizar en el entorno próximo al poblado, dada la existencia de piedras calizas. El proceso de elaboración supone someter dichas piedras

a la acción del fuego construyendo un horno de características que desconocemos, pero cuyos paralelos podemos indagar entre las múltiples caleras que han subsistido en las formas de vida campesina, entendiendo que estos modelos suponían obtener cal en cantidades que solían ser, como mínimo, de una carga de carro, muy superiores a las necesidades de que se perciben en la Hoya Quemada. Por ello, es necesario realizar arqueología experimental para conocer los procesos necesarios para obtener cal en pequeñas cantidades. Hasta entonces sirva de referencia las caleras de Paniza (Anónimo, 2009).

Las caleras tienen forma cilíndrica y se construyen excavando en la tierra, normalmente en ladera para tener acceso al encendido del horno. Se recubre el interior con piedras, revocándolas con arcilla para protegerlas de la acción del fuego. Tienen un aparador o saliente pétreo donde apoyar las piedras para crear una bóveda por aproximación de hiladas sobre la que se acumulan el resto de piedras. En la parte inferior se crea una cámara de fuego. La cocción duraba tres días y dos noches y en el tercer día de cocción se dejaba de alimentar el horno y se tapaba dejando un pequeño orificio para que se fuese recociendo. El horno permanecía así durante una semana, perdiendo calor lentamente. Y una vez frío, se destapaba y empezaba a sacar la cal por la parte superior. La piedra de cal deshidratada por el calor se transformaba en cal viva. Se debía depositar en un recipiente y con cuidado derramar agua para convertirla en cal para blanquear las paredes, pues en el proceso “hierve la cal” y crea quemaduras si cae directamente en la piel.

La elaboración de la cal se realizaba como actividad complementaria de la renta agraria, generalmente en primavera y otoño, esto es cuando se habían acabado las actividades agrícolas. En conclusión, la elaboración de la cal necesaria para el encalado de las casas durante el Bronce medio requeriría un proceso de cocción de las piedras calizas en hornos de tamaño muy inferior a las tradicionales caleras. Sería una actividad puntual que se realizaría en el periodo previo al blanqueado de las paredes. Dado que el Grupo del Mijares, y los asentamientos de su entorno, se asientan sobre un terreno calizo no existiría una demanda externa de cal que supusiera producirla como excedente.

LA METALURGIA DE COBRE

La aparición en la Hoya Quemada de un molde de arenisca de fundición de un hacha plana nos indica la producción metalúrgica por los pobladores de la aldea. No se ha evidenciado muestra de horno en ninguna de las viviendas hasta ahora excavadas, lo que implica que esta práctica no es usual en las actividades domésticas de este asentamiento, y se realizaría en un lugar concreto del poblado o en las inmediaciones del mismo. Restos relacionados

con actividades metalúrgicas (moldes, escorias o gotas de fundición, crisoles...) están presentes en unos cuantos yacimientos del Alto Mijares, lo que seguramente refuerza la idea de una metalurgia doméstica de carácter local.

Por su parte, Orpesa la Vella presenta en el Bronce medio importantes evidencias de su actividad metalúrgica. Se localizó un molde de hacha plana, otro para lezna y un tercero indeterminado hallado en la zona de la muralla. Los dos primeros se hallaron en los sectores Q-8 y Q-10 en cuyo ámbito apareció la base de un horno de fundición, restos de escoria y de un crisol. Pero la zona de control metalúrgico mejor identificada corresponde al espacio del sectores Q-6/ Q-5, en donde, si bien se localizó un sólo molde, aparecieron cinco crisoles y restos de toberas. Esta concentración de evidencias metalúrgicas, con presencia de objetos de bronce con presencia variable de estaño implica necesariamente la existencia de relaciones externas. Sin duda alguna esta concentración de la producción metalúrgica en Orpesa la Vella, marca la peculiaridad de este asentamiento dentro del Grupo Mijares. En su valoración debe tenerse en cuenta, sin duda alguna, su situación estratégica junto al mar.

LA CERÁMICA

Las comunidades del segundo milenio del Bronce Mediterráneo presentan una producción alfarera caracterizada por una tipología común en la que dominan los vasos carenados y la existencia de variaciones culturales o regionales más o menos marcadas. Para el grupo del Mijares, durante el Bronce medio, son las tinajas con cordones digitados formando guirnaldas y otros motivos relativamente barrocos, junto con ciertos rasgos peculiares en los sistemas de suspensión y prensión, los rasgos diferenciadores. Y, por lo que concierne a las vasijas medianas y pequeñas, normalmente lisas según la norma dominante, sí aparecen, como en otros ámbitos del NE o de Levante, decoraciones incisas e impresas en el Bronce antiguo, relacionadas con el denominado estilo Arbolí, que desaparecerán en el Bronce medio, dando lugar al dominio de las superficies lisas.

Debemos preguntarnos quién es el responsable de esta producción cerámica, que junto con la arquitectura en piedra está en el fondo cultural común del Bronce Mediterráneo (Burillo y Picazo, 1991-92). Según la opinión de Lull (1983, 449) para la fase B del Argar el hecho de que aparezcan los enterramientos en urnas, solamente en el Sureste será una muestra de una fabricación altamente normalizada, una estandarización que "puede implicar perfectamente un artesano especializado en cada aldea del sureste", ejemplo de la división del trabajo y de la nueva complejidad social que establece para esta fase cultural.

Diferimos totalmente de esta interpretación. El estudio etnológico realizado por uno de nosotros (Burillo) sobre la alfarería de Honduras de las etnias chortí y lenca, concuerda con las actuales producciones de cerámica a mano del norte africano, y es que todas ellas están realizadas por mujeres. La fabricación de la cerámica forma parte de una más de las labores femeninas domésticas, como lo es la elaboración del pan y la comida o la realización de tejidos.

Además, lo que a nosotros nos parece complejo como dar formas perfectamente esféricas, la presencia de una normalización de formas, tamaños y capacidades, y los regulares acabados bruñidos, carecen de dificultad alguna para quienes lo han aprendido desde su niñez. Dicha elaboración debe realizarse, al menos, en dos fases. En la primera se realiza el modelado de la vasija y tras dejarla secar a la sombra se procede a realizar el bruñido para impermeabilizar la superficie. Elaborar una vasija mediana puede tardar menos de un cuarto de hora y el acabado posterior inferior a diez minutos. Por lo que en dos medias jornadas pueden elaborarse más de 20 recipientes. Por ello debe revisarse las inferencias sociales que se han hecho de los recipientes aparecidos en necrópolis argáricas, como las de Cuesta del Negro (Contreras et alii, 1987-88) y del Cerro de la Encina ambas en Granada (Aranda, 2001), y que han servido para apoyar las teorías de la existencia de diferentes clases sociales en los enterramientos.

Además, en el caso de una de las producciones hondureñas la cocción no deja registro arqueológico, pues se realiza fuera de la casa, directamente sobre el suelo liso, sobre el que se amontonan las vasijas, se cubren de leña y la cocción no dura más de dos horas.

En una sociedad campesina donde no existe cerámica a torno, como la que nos ocupa, y dado que cuando la casa ya se tiene el ajuar cerámico solamente es necesario reposiciones de los recipientes rotos o para nuevas necesidades. El abastecimiento puede realizarse bien de una elaboración realizada por la dueña de la casa, o al dejar de ser una actividad cotidiana, como la preparación del pan, ha podido quedar relegado a una alfarera que intercambiará por otros productos. En cualquier caso, de existir una especialización, esta sería a dedicación parcial y en ningún caso implicaría una diferenciación social.

¿QUÉ NOS MARCA LA TERRITORIALIDAD DEL GRUPO MIJARES?

Como ya se ha señalado durante el Bronce medio encontramos una fragmentación del territorio con respecto a la etapa anterior, quedando fuera la zona del río Alfambra e incorporando el sector norte

del País Valenciano en donde se sitúa Oropesa. Uno de los rasgos que unifica este territorio que hemos denominado Grupo Mijares son las tinajas con cordones múltiples. Pero lo importante es preguntarnos qué se oculta detrás de esta evidencia cultural que unifica este territorio. Indudablemente el movimiento de gentes. Ahora bien, debemos dar una explicación plausible a las causas y motivo de estos movimientos, que deberá buscarse en el ámbito social y/o económico.

LA TRASHUMANCIA, UNA EXPLICACIÓN FALLIDA

Este tema ya lo abordamos con anterioridad (Burillo y Picazo, 1997, 53). Se señalaba que resultaba sugerente plantear la posible existencia de prácticas trashumantes, como sistema de explotación complementario para el aprovechamiento de los pastos de invierno, sitios en las zonas montañosas turolenses, y de verano, en las bajas tierras junto a la costa, tal como ocurre en épocas recientes (Otegui, 1985-86). Lo que implicaría el establecimiento de contactos estacionales estables entre territorios de contrastados ecosistemas, tal como se ha esgrimido por otros autores para la época que nos ocupa.

Una propuesta de este tipo sirvió para explicar la supuesta dualidad del poblamiento existente en la Cultura Apenínica de Italia Central entre los yacimientos de montaña y los de costa (Barker, 1975). De igual forma Harrison y Wainwright (1991) creen que estas prácticas serían la razón de la existencia de asentamientos en alturas elevadas como el asentamiento turolense de la Edad de Bronce de Frías de Albarracín. También Palomar (1984) explica las ocupaciones de cuevas existentes en la cuenca del Palancia vinculadas a la vía pecuaria que comunica las tierras altas de Javalambre y Gúdar con la llanura valenciana. Así mismo, el modelo de la trashumancia ha sido utilizado para explicar las relaciones entre los territorios donde se encuentran los monumentos megalíticos (Chapman, 1979 y Galán y Martín, 1991-92) o la expansión de la Cultura de Cogotas I desde la zona meseteña al sur peninsular (Jimeno, 2001).

Sin embargo, el modelo de trashumancia para estas épocas ya ha sido criticado por autores como Lewthwaite (1981), al remitir esta actividad a época histórica y proponer una práctica de trasterminancia. Hecho que ya defendimos para el Grupo del Mijares, rechazando el modelo trashumante para la Edad del Bronce. Señalábamos en su momento que había que tener en cuenta que nos encontramos ante contingentes humanos reducidos con rebaños de pequeño tamaño, que podrían encontrar pastos durante todo el año aprovechando las diferencias existentes en los ecosistemas de media montaña, donde las zonas de altura proporcionarían los

pastos de verano y las depresiones intramontanas los de invierno. Un modelo de estas características, con desplazamientos más restringidos de carácter trasterminante, tal vez más factible para este territorio y época, lo encontramos actualmente en explotaciones bovinas dentro del ámbito de Mora de Rubielos (Ruiz, 1990).

LA REPRODUCCIÓN DEL GRUPO COMO EXPLICACIÓN PLAUSIBLE

Si la cerámica es atributo del universo femenino y en estas comunidades campesinas el pequeño tamaño de los asentamientos implica que la reproducción del grupo tiene que realizarse necesariamente con los habitantes de otros poblados, lo que nos está marcando la territorialidad de la decoración de cordones múltiples de las tinajas es la dispersión de la mujer alfarera. Lo que nos muestra, pues, el Grupo de Mijares es el proceso de vínculos y lazos parentales establecidos en este territorio durante el Bronce medio. Sin que ello nos posibilite ir más allá, al no tener seguridad del marco cronológico concreto en que se produce este proceso, dentro del periodo del Bronce medio de este territorio cuya duración se establece entre 350 y 500 años. Esto es, lo que tenemos es una concentración temporal en la distribución en el espacio de un tipo de cerámica que se ha podido distribuir a lo largo de unas 14/20 generaciones, lo que nos impide señalar si ocurrió durante todo este periodo si se conservaron los vínculos de sangre que nos llevaría a identificar el Grupo del Mijares con una entidad étnica, hecho que si ocurriría si el proceso se comprueba que se realiza en un periodo de tiempo menor donde los vínculos familiares permanecerían, aunque éste es un tema que, obviamente, necesita mayor reflexión y estudio.

POBLACIÓN Y ESTRUCTURA SOCIAL

Entre las tareas pendientes en la investigación arqueológica de este periodo, una muy importante, es la reconstrucción de la extensión original que tuvieron los asentamientos, obviamente con una variable de precisión, que nos permita calcular de forma aproximada el número de hogares/casas existentes con los que poder realizar una estimación de su población. Podemos adelantar que estos primeros asentamientos son en términos absolutos de reducidas dimensiones pero suponen un paso importante en lo social, dado que varias familias deciden vivir en común, crear una nueva realidad social por encima de la unidad familiar aislada. Ello no implica, ni mucho menos, que estemos ante una estructura socioeconómica comunitaria. Precisamente la individualización de las viviendas me lleva a la deducción de que desde el inicio existe

la propiedad privada en la casa y, por lo tanto, la del ganado y de los campos que se cultivan.

Carecemos de cálculos demográficos, pero a partir de las evidencias conocidas podemos señalar, como hipótesis, que los asentamientos de mayores dimensiones no serían muy superiores a las 20 viviendas, o 90 personas, en los cálculos demográficos al uso de 4,5 habitantes de media por casa. Esto es, una población que puede subsistir sin problemas con las estrategias económicas desarrolladas, pero que no puede reproducirse contando únicamente con los habitantes del asentamiento. Estas poblaciones campesinas necesitan necesariamente contar con las que viven en otros poblados para crear las nuevas unidades familiares. Este proceso genera, necesariamente, unos rituales de relaciones y reuniones, de tipo religioso en peregrinaciones a lugares sacros, económico en mercados donde realizar trueque de productos y artefactos y, siempre, de tipo social asistiendo a los rituales claves de cada comunidad como son, al menos, nacimientos, matrimonios y entierros. Estas relaciones aminoran las rivalidades y conflictividad de los grupos, generan identidad a escala sobrealdeana, y refuerza los lazos de solidaridad con los que enfrentarse a calamidades naturales o ataques externos.

El que los habitantes de los nuevos poblados estuvieron unidos con anterioridad por los lazos familiares es algo obvio. La reproducción de los agricultores primitivos debería realizarse a partir de relaciones estables con los habitantes dispersos en el territorio, con los que generarían lazos de sangre, vínculos sociales que les ayudarían a sobrevivir en los momentos críticos. Y que se acentuarían con la vecindad que se crea con el surgimiento de los primeros poblados.

Lo que nos muestra el asentamiento de la Hoya Quemada es su surgimiento *ex novo*. Su fundación por una pequeña comunidad de familias nucleares que eligen un punto de altura y que acomodan con aterrazamientos y piedras las viviendas, que muestran un notable aumento del espacio doméstico respecto a la fase anterior. El hecho de las casas tengan unas dimensiones similares es indicio de la sociedad igualitaria que en ellas se instalan, corroborado por ausencia de elementos diferenciadores en la cultura material aparecida en las viviendas.

La ocupación en las laderas de la Hoya Quemada indica que la carga poblacional del grupo, formada por las nuevas familias nucleares, se soluciona en el propio asentamiento, generando nuevas viviendas con las que irá creciendo y ocupando ladera abajo. De hecho, la imagen del asentamiento en su fase definitiva sería muy similar, con las lógicas variaciones propias de la arquitectura, características del terreno y tamaño del grupo, a la que ofrece uno de los asentamientos argáricos que más ampliamente se ha excavado como es

el Castellón Alto (Contreras et al., 1997, 65), lo que nos indica que este modelo de crecimiento agregado debía ser común a las sociedades del ámbito del Bronce Mediterráneo. Marcando una diferencia notable con los asentamientos del Bronce final de los territorios sedimentarios del valle medio del Ebro, conocidos como "poblados de espacio central" en donde no existe agregación de nuevas viviendas.

También se testimonia dicho crecimiento en Orpesa la Vella, desarrollándose el poblado del Bronce medio en la cima del promontorio, en parte de la vertiente Norte, Sur y Oeste. La existencia en éste y en otros territorios de esta etapa de asentamientos que alcanzan mayores dimensiones que otros, no debe ser entendida como una jerarquización del poblamiento en el sentido de dominio sobre poblados de menores dimensiones. En estas comunidades campesinas sujetas a un crecimiento orgánico del hábitat lo que nos muestra la diferente extensión final alcanzada es un crecimiento demográfico propio de la vida de cada asentamiento y de las posibilidades de explotación de su entorno, siempre superiores a las necesidades de la escasa carga poblacional de cada uno de ellos. Tal vez haya que valorar otras circunstancias.

LA CONFLICTIVIDAD COMO EXPLICACIÓN DEL SURGIMIENTO DE LOS POBLADOS EN ALTURA

El hecho de que todos los asentamientos correspondientes al Bronce antiguo sean pequeñas aldeas que se sitúan en la cima de elevaciones lleva a pensar que fue el surgimiento de la conflictividad lo que motivó la agrupación de los agricultores primitivos y, con esta decisión, el abandono de su hábitat disperso y su transformación en una sociedad campesina. Lo que nos muestra el asentamiento de La Costeras es que hubo una planificación previa a la ocupación del altozano. Una decisión consuetudina de las familias que abandonan sus asentamientos anteriores, de cabañas aisladas, para fundar esta pequeña aldea, realizando un reparto equitativo del espacio doméstico, evidencia material de su estructura social igualitaria, propia de las antiguas comunidades campesinas, y que continuará en etapas posteriores (Burillo y Ortega, 1999 y Ortega, 1999).

Durante el Bronce medio continúa la conflictividad en el territorio como lo confirma la pervivencia del mismo patrón de poblamiento que en la fase anterior, ocupando la parte alta de los cerros. La detección de murallas sólo es posible en aquellos lugares donde no se han erosionado y se han realizado excavaciones en las zonas exteriores a las viviendas. En el caso de la Hoya Quemada se observa un cierre de un metro de anchura de la barriada superior del poblado, a la par de los restos de

cimentación de un posible torreón que se levantaría en el punto de mayor cota.

En el caso de Orpesa la Vella la ocupación del promontorio comunicado con tierra por una pequeña lengüeta muestra en su elección la búsqueda de un lugar de características defensivas. La conflictividad debió intensificarse durante el Bronce medio dado que al poco de ocuparse este lugar, sufrió una destrucción por fuego, dando lugar a una remodelación del hábitat, levantándose un imponente complejo defensivo que nos muestra la magnitud que podría alcanzar en estos asentamientos. En primer lugar, se construye un torreón macizo en el punto de mayor cota para tener un control visual del entorno, y conseguir un punto de vigilancia ante posibles atacantes por tierra o por mar. A continuación se adosa al exterior una muralla cuya anchura de 11 a 3 metros conservados, que permitiría el desplazamiento del grupo por su cima, y muestra la protección que se quiere dar al poblado. Las casas se levantarán a continuación acomodándose a la forma del torreón y muralla. En el levantamiento de la imponente muralla y torreón de vigilancia debe valorarse la ubicación de Orpesa la Vella en la línea de costa y, por lo tanto, al alcance de piratas

La construcción de estos sistemas defensivos sería una de las obras comunitarias propias de la sociedad campesina. Es precisamente estas construcciones que benefician a toda la comunidad lo que da entidad al agrupamiento poblacional base de las relaciones de solidaridad que cimentan los vínculos sociales de estas pequeñas aldeas, sin que en ningún momento implique la existencia de una élite que dirija su levantamiento.

Hacia el 1500, en fechas calibradas, asistimos a la desaparición, por destrucción o abandono de todos los asentamientos de esta fase, solamente algunos puntos estratégicos, como es el caso de Orpesa la Vella, volverán a ocuparse tras una etapa de abandono. Es una crisis poblacional sin precedentes en este milenio, que tiene su paralelo en otros Grupos del Bronce Mediterráneo, como el Argar (González y Rihuete, 1996; Lull et al. 2013) y Las Motillas (Rihuete, 1996).

EL BRONCE TARDÍO Y LA DESAPARICIÓN DEL GRUPO MIJARES

El Bronce tardío marca el final del Grupo Mijares, debido a la sistemática desaparición de los múltiples asentamientos del Bronce medio y una aparente merma en el poblamiento, que en el territorio turoloense analizado quedará reducido a cuatro lugares, de los cuales tres son cuevas.

Las excavaciones realizadas en La Sima del Ruidor, una cueva con escasa visibilidad, muestran el acondicionamiento de sectores de las galerías con compactación del suelo de arcilla, así como

truncos de madera y pellas de barro con improntas de adhesión a los mismos, que debieron emplearse para compartimentar el espacio, un hogar y gran cantidad de fragmentos de barro parcialmente cocido con improntas de tablas, correspondientes a contenedores donde se almacenaban las semillas. Estructuras que muestran la pervivencia de las técnicas constructivas, adaptadas a la ocupación del espacio subterráneo. También se han detectado restos humanos alejados de la zona de hábitat, mostrando una diversificación funcional en el interior de la cavidad.

La crisis poblacional no tiene reflejo en la cultura material, que presenta una continuidad respecto al periodo anterior en el utillaje lítico, óseo e, incluso, metálico. En el cerámico desaparecen las tinajas que, con su decoración, habían definido la entidad del Grupo Mijares. Lo cual va en consonancia con la búsqueda de nuevos sistemas de almacenaje, como el contenedor construido con tablas y mantenido de la Sima del Ruidor, una solución local y ajustada a la cueva en la que es difícil manejar grandes vasijas. Sin embargo, en el resto del repertorio las variaciones son mínimas en cuencos y formas globulares y, únicamente, se aprecian cambios significativos en las vasijas carenadas con la aparición de cazuelas aplanadas de desarrollo muy abierto y excelente acabados bruñidos, coincidentes con los modelos que durante el Bronce medio y tardío encontramos desarrollados en la Meseta y rebordes del Sistema Ibérico (Picazo, 1993). Sin embargo, esta variación, que puede tener relación con ciertos cambios en los hábitos alimenticios, no se halla correspondida con la aparición de motivos decorativos inciso-impresos. Por el contrario, asistimos en el territorio en estudio a un empobrecimiento decorativo, a un dominio de las formas totalmente lisas, en suma, a un choque estético con las ricas decoraciones que llegan hasta lugares muy próximos del propio Sistema Ibérico.

Los restos de fauna analizados en los poblados turoloenses, muestran nuevamente el dominio destacado de ovicapridos, seguidos a cierta distancia de bóvidos, suidos y presencia notable de cánidos. En la notable acumulación de grano localizado junto al contenedor citado, destacan la cebada vestida (*Hordeum vulgare* L.), cebada desnuda (*Hordeum vulgare* var. *nudum*) y, en menor proporción, algo de trigo (*Triticum durum/aestivum*), lo que parece indicar la existencia de rotaciones en los cultivos y una cuidada selección de grano. Probablemente se trata de un depósito de cebada preparada y seleccionada para la siembra. También se ha localizado bellotas junto a alguna vasija fragmentada.

Todo ello, muestra la pervivencia del patrón agropecuario de la etapa anterior, lo que implica que si bien el modo de vida campesino se mantiene, el modelo de vida del Bronce medio, se extingue. Y ello, a pesar de la drástica disminución

de la población en el territorio. La ocupación de las cuevas, refugio tradicional en las épocas de peligro, es indicio de la pervivencia de la conflictividad en esta época de crisis, buscando la mejor ocultación del pequeño grupo humano que las habitaba.

La lectura que se desprende de la pervivencia de la cultura material, de las técnicas constructivas adaptadas para dar una mayor habitabilidad a la cueva y del patrón agropecuario es que la profunda crisis que ha dado lugar a la desaparición del Grupo Mijares no supone la llegada de tendencias interpretadas como expansivas y vinculadas a Cogotas I, sino que las poblaciones residuales que quedan, extraordinariamente rarificadas en un territorio demográficamente empobrecido, no sólo continúan sus tradiciones con alguna innovación práctica, sino que refuerzan sus rasgos de identidad frente a otros grupos próximos. No se detecta, pues, un proceso invasorista ni en la causa de la crisis de las formaciones sociales del Bronce medio ni en el amplio periodo de despoblación que define el Bronce Tardío.

El interior del Sistema Ibérico turolense acusa la aparición de cerámica tipo Cogotas, con decoración de boquique y excisa, como el Castillejo de Tortajada, Muela de Galve, que en algunos casos presentan grandes concentraciones como en Las Tajadas de Bezas o el Castillo de Peracense, lo que le hace similar al Bajo Aragón en los lugares de Alcañiz del Cabezo del Cuervo (Benavente, 1985) y el Cabezo Sellado (Benavente, 1989), o en el propio asentamiento de Orpesa. Y también en otros ámbitos como el territorio granadino, en asentamientos como la Encina de Monachil (Arribas et al., 1974, 142-146) y en la segunda fase de la Cuesta de Negro de Purullena, datada en fechas calibradas en el 1531-1381 a.C. y que ha sido interpretado como una intrusión del grupo meseteño de Cogotas I (Molina y Pareja, 1975, 55-56), identificada por Germán Delibes y Fernando Romero (1992, 242) como desplazamiento de pastores a través de la práctica de la trashumancia, interpretación que no compartimos.

PERVIVENCIA Y CAMBIOS EN EL MODELO SOCIAL CAMPESINO

En el antiguo territorio del Grupo Mijares falta fechar con exactitud el momento en el que se inicia la ocupación de este territorio en el Bronce final. En el estudio realizado por Nieves Juste (1990) para el territorio de Mora de Rubielos muestra la aparición de nuevos asentamientos como La Atalaya, La Loma del Coscojar, Barrachinas VII que no parecen remontar el primer milenio. Sin embargo, en el territorio sedimentario del valle medio del Ebro encontramos el surgimiento, a partir del 1300-1075 en fechas calibradas (Montón, 1996, 180), de asentamientos campesinos que

responden a un nuevo modelo poblacional, los denominados “poblados de espacio central”, con Genó (Maya et al., 1998) como primer ejemplo conocido y ejemplos a partir del siglo X en el Bajo Aragón caspolino, caso del Cabezo de Monleón (Beltrán, 1984) y Zaforas (Pellicer, 1957). Estos asentamientos se caracterizan por tener las viviendas medianeros con la parte trasera de las mismas formando el perímetro defensivo. Si bien estos poblados pueden ser herederos de tradiciones constructivas locales que remontan al Bronce medio, como la arquitectura de piedra, las casas de planta rectangular, los bancos adosados o el almacenaje en tinajas, difieren en un hecho de especial trascendencia debido a su implicación social, como es que el crecimiento demográfico de estas pequeñas comunidades campesinas no se realiza añadiendo nuevas viviendas al poblado primitivo, como hemos visto en la Hoya Quemada (Burillo y Ortega, 1999 y Ortega, 1999).

En los “poblados de espacio central” el incremento poblacional queda limitado desde su fundación. La parte trasera de las casas es lo primero que se diseña, configura el cierre que constriñe el poblado, pues nunca se añadirá una nueva casa fuera del recinto. Lo que la lectura arqueológica de este urbanismo nos marca es que ha surgido un nuevo modelo social en estas comunidades campesinas, expansivo en su crecimiento, pues resuelven el aumento demográfico fundando nuevos poblados de similares características. En la mayor parte de los espacios del asentamiento se han identificado hogares, por lo que podemos identificarlos con viviendas que por sus dimensiones son residencia de familias nucleares. Las dimensiones similares de las casas, unido a una similitud en los ajueres indica que no hay diferencia de riqueza entre sus habitantes. Nos encontramos ante comunidades campesinas de carácter muy igualitario, que tienen en el poblado la unidad de su relación social basada en vínculos familiares.

Durante la etapa celtibérica (Burillo, 2010), tanto testimonios arqueológicos como de las fuentes escritas muestran que la sociedad campesina celtibérica, a diferencia de la ibérica, no desarrolló una destacada élite aristocrática. Las razones deben buscarse en su peculiar estructura social, en el dominio de las familias extensas, de los grupos de parentesco nominados por otros autores como “organizaciones suprafamiliares” y “gentilidades”, ausentes en el ámbito ibérico. Los grupos de parentesco ejercieron de niveladores sociales de las comunidades celtibéricas, dando lugar a una sociedad de tendencia igualitaria, con ausencia de grandes concentraciones de riqueza, tanto a nivel particular como a escala comunitaria. En el ámbito de los asentamientos, la ratificación de estos hechos los tenemos en la pervivencia de “poblados de calle central”, que siguen el reparto equitativo del espacio destinado a las viviendas, en

estos casos ya con compartimentación funcional creando habitaciones y que tienen en El Taratrato de Alcañiz (Burillo, 1982) y en Los Castellares de

Herrera de los Navarros (Burillo, 1985) los ejemplos más paradigmáticos.